

Plaza de San Juan



AUTORES

- Andrea Catalina Porres
- Carlos Bolinaga
- Diego Alonso Díez
- Eduardo Nabal
- Enrique Angulo Moya
- Ignacio Soriano
- Iker Güemes
- José M° Izarra
- Juan Luis Sobrón
- Miguel Aguado Miguel
- Montserrat Díaz Miguel
- Nazaret Catalina Porres
- Pedro García Tirado
- Rocío de Juan
- Rosa Irene Catalina Rebolleda
- Samuel Pérez Gutiérrez

DIBUJOS:

Fernando Falcón Velasco.

FERNANDO FALCÓN VELASCO. Nació en Burgos en 1950. Desde que cursó sus estudios de Dibujo en la Escuela Provincial del Consulado del Mar, cultiva con verdadera destreza lo que es su más íntima vocación: el dibujo a plumilla.

Recrea, en su tiempo libre, con una paciencia infinita que admiraría al Santo Job, monumentos, árboles, calles singulares, paisajes marinos y todos aquellos rincones entrañables que ama o que simplemente le emocionan.

Plasma en cada dibujo, atrapando el tiempo con miles de trazos diminutos, la textura o piel de los objetos bajo el prisma del realismo fotográfico y con una exquisita delicadeza y pericia. (A.M.P.S.)

Taller de la buena disposición

Pedro García Tirado¹

*(A Don Carlos García Girón, Jefe del Servicio
de Oncología Médica del Hospital General Yagüe)*

Cómo cuesta sentirse agradecido
e ignorar el instante en que debiera
ver la luz el verso cándido y prendido,
inspirado con tesón de igual manera.

Si al transcurrir los días, por desleal ventura,
el poema se resiste a darse con fervor,
habrá que reanimarlo al coste de la audaz premura
Destinatario cual Don Carlos no lo hay, ni más claro ni mejor.

Debemos avanzar, tal es lo propio, hasta mostrar
loable gratitud y aliento de corazón
al "Maestro" de libre mirada, que hará por aliviar
del paciente la vida templando su dolor.

El rasgo cordial, como costumbre reiterada
en hombre así habitado de sabiduría,
es perpetuar de médico la pasión ya demostrada
que tras amplia experiencia y humildad reafirmaría.

De su despacho Doctoral emanan aromas de sapiencia
y de hermosas reflexiones que al cabo lo aseguran:
elemental razón de virtuosa y pródiga paciencia.
Su vida es ofrenda permanente... Ciencia y Salud, el sinsabor conjuran.

Empleando seda de palabras, sutil y delicada
eficacia, destaca de una mujer la mano
y el Doctor su ayuda le organiza (es la fiel Inmaculada),
bajo el marbete de lo científico y lo humano.

¹ Pedro García Tirado falleció este verano. Publicamos este poema, que nos hizo llegar este mismo año, como un pequeño homenaje al que fue uno de nuestros asiduos y desinteresados colaboradores.

“Deke Thornton”

Diego Alonso Díez

“Añorar el pasado es correr tras el viento”

Proverbio ruso

*A los muchachos de “Grupo Salvaje” y a Sam Peckinpah,
por acompañarme en el camino cuando vinieron mal dadas.
Y a C. C. E., por animarme a seguir.*



*Puentedey
(Burgos)*

Un anciano cruza la frontera de EE. UU. La Revolución ha terminado al sur de Río Grande: la ganaron los de siempre. Camina ayudado por un bastón, su sombrero blanco aparece arrugado, mordido por los bordes, quemado por el sol, y su ropa es un desordenado guiñapo de telas descoloridas. Le sorprenden los coches que transitan por las calles y las fotografías de aviones y aeroplanos que salen en las portadas de los periódicos. Todo lo observa sin verlo. Hay gente que lo ojea con desprecio ó desconfianza, unos, con cierta curiosidad, los menos, con afecto ó simpatía. Le confunden con un mendigo, y alguien le coloca una moneda en la palma de la

mano, servicial. En el bolsillo derecho de la americana sobresale la culata de un revólver oxidado, mancillado por el polvo del camino y de los años. A todo aquél que quiere escuchar la historia (que no son siempre más de dos ó tres personas), le cuenta, con una chispa de entusiasmo en sus ojos, que ése fue el revólver del mejor pistolero que hubo jamás, puesto que nadie pudo atraparlo. Al quedarse sólo, levanta un poco la cabeza al aire. Es entonces cuando naufraga entre los restos de su memoria, partidos como pedazos de loza, abriendo los labios resecos, donde se desliza, tenue, un hilo de voz, apenas un sollozo ahogado: Pike.

Tres mujeres

Montserrat Díaz Miguel

Recuerda el Sol cuál es el lugar, el resquicio por el que debe colarse para poder iluminar en plenitud la fachada de esa casa, la puerta entreabierta y las ventanas con los visillos corridos y lograr que penetre en las estancias interiores su luz vivificante. Sabe el Sol el camino preciso para que, sin obstáculos, sus rayos, en el atardecer, se estrellen contra el color agrisado de la piedra y la convierta casi en luminaria. Conoce bien el camino y la hora, a pesar de tantos días diferentes, de tantos años como van transcurriendo, o quizás sea por eso por lo que lo guarda tan fielmente en la memoria.

Los tejados de las casas, aunque ya son viejos, cumplen todavía su función protectora sin desmoronamiento. En los aleros se precipitan certeramente las golondrinas; otros pájaros recién llegados los sobrevuelan, preparándose todos con bullicio ante el inminente proceso de cría. Ellos, asimismo, repiten las primaveras sin necesidad de escuela. En el enorme nido que culmina la espadaña de la iglesia, las cigüeñas permanecen circunspectas, contándose con seriedad sus cuitas; luego ordenarán, como en el cuento, la alacena donde guardan los pucheros.

Ha saludado el Sol, uno por uno, a todos los habitantes del pago, porque estos son muy pocos, y también a todas las aves y demás animalillos de campo y de corrales. Hecha esta labor durante todo el día, ahora reclina la frente hacia el horizonte preparado para completar otra vuelta en la rueda incesante de los días, teñidos de esta forma con los colores del adiós, de la melancolía.

De pie, junto a la fachada de piedra, recibiendo en los rostros los últimos rayos de sol, se encuentran recostadas tres mujeres. Éste es, para ellas, un acto cotidiano, no hay nada especial en lo que hacen; no obstante, es posible que sea diferente en que hoy los tienen ligeramente inclinados hacia el suelo, hacia la tierra, porque han advertido un destello de desdicha pasando por delante de sus ojos.

Una de las mujeres, la de más edad, toma, tiernamente, la mano de una muchacha morena y pálida, como queriendo impedir con ese gesto que ella se marche, se aleje de su lado; intentando mezclar sus cuerpos, hacerlos uno otra vez, si fuera posible, en el abrazo. La otra mujer, menos triste, más serena, las acompaña, porque el vecindario, la convivencia, las hace cómplices, partícipes, familiares, hace que sientan las emociones juntas.

No hay fantasmas. Sus sombras, prolongadas por la luz del atardecer, se oprimen a los cuerpos en el resquicio angosto de la pared. Ellas, sobreponiéndose a la presentida desdicha, buscan la eternidad en la repetición, el testigo perdurable de la luz, la esencia del sonido de la voz, y formulan frases habituales mientras realizan actos cotidianos.

Concluyó el día y desaparecieron las mujeres de su rincón abrigado, de la solana dulce del atardecer. Una de ellas hizo mutis hacia su propio hogar; las otras, juntas, piel con piel, amorosamente, entraron en el suyo.

El Sol modificó levemente la distancia, la inclinación de sus rayos al día siguiente,

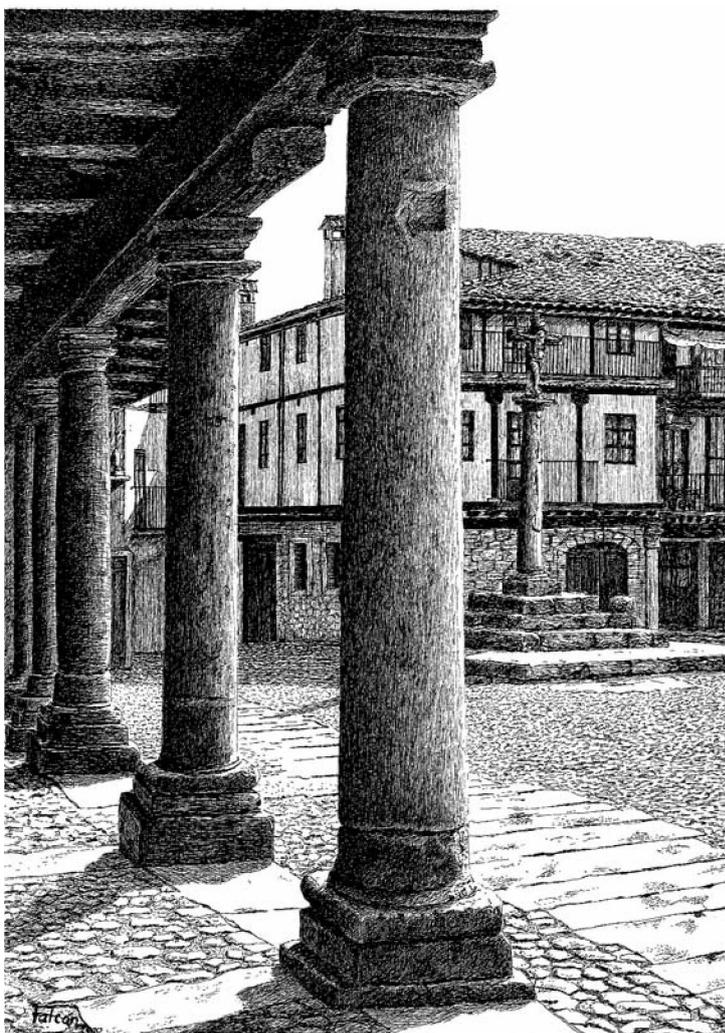
al penetrar por el pasillo de la calle, ordenando de esta forma su posición en el cielo; un poco más el día posterior, y así mes tras mes, estación tras estación, hasta regresar, de nuevo, en el mismo punto y a la misma hora, a estrellarse contra la fachada agrisada, un año más tarde.

Las golondrinas, muchas de ellas retoños nacidos en el año anterior, iniciaban su afán frenético hacia el alero; las cigüeñas, después del regreso del largo viaje de emigración, permanecían filosóficamente estáticas en lo alto de la espadaña de la iglesia. Comenzaba, nueva e idéntica, otra primavera.

Sin embargo, no hay mujeres apoyadas contra la fachada de piedra.

La puerta aparece cerrada y las cortinas de las ventanas corridas. La mujer que vive en la casa aldaña no se ha acercado esta vez a su cita con el sol del atardecer. Es posible que se encuentre en otro lugar, junto a la puerta de su casa, en soledad, ensimismada en su labor. Las otras dos mujeres ni siquiera están presentes.

Se ha disuelto la razón de la de más edad en un mar de dolor. Sumida en ese abismo de tristeza, no podrá recuperar ya nunca la cordura. A la muchacha morena y pálida se le acabaron las fuerzas unos meses atrás, al poco de comenzar el invierno, y su cuerpo se deshizo en un volcán de ardientes cenizas.



Plaza Mayor La Alberca (Salamanca).

Su aroma inundó toda la atmósfera, pero son pequeñísimas las partículas que quedan suspendidas en el aire donde la mujer mayor respira. Es demasiado poco para servirla de consuelo. Por eso permanece oculta en el interior de su casa, por eso y porque no desea siquiera respirar.

Tampoco ahora hay fantasmas. Sin embargo, el Sol parece recordarlas y dibuja una brillante línea en el vacío, en la soledad; una línea que perfila en la pared la silueta de unas mujeres juntas, mezcladas, pensativas, cabizbajas... Dura un segundo el vivo rayo de luz. Después, difuminado en las sombras, se desvanece.

Plagas

José M.ª Izarra

A Paul Naschy. In memoriam

Una breve ojeada al tema en los foros, le había permitido enterarse de que las había, por ejemplo, de topillos, de ardillas, de conejos, de cucarachas, de gatos...

El concepto de plaga había sido elaborado por el hombre, y por eso tomaba a este como referencia superior (convenía tenerlo muy en cuenta, aunque pareciese una verdad de Perogrullo), quedando el hombre, por tanto, excluido como agente. De esta forma, se consideraba plaga la proliferación de un animal o una planta más allá de un límite a partir del cual empezaba a ser lesiva para la salud o la economía del ser humano, o a provocar hartazgo, sin más.

La contingencia de plaga era inversamente proporcional al tamaño de los individuos vegetales o animales susceptibles de constituirlos. A mayor tamaño, menos probabilidades. Resultaba inconcebible una plaga de elefantes, de hipopótamos o de secuo- yas gigantes, y estaban a la orden del día las de pulgas, chinches, garrapatas, mosquitos cebra, mejillones tigre, ortigas...

¿Por qué se producían las plagas? A buen seguro, porque se daban las condiciones necesarias para el desarrollo de la vida del ente causante.

¿De qué modo se combatían las plagas? Utilizando plaguicidas, fundamentalmente, o restringiendo el abastecimiento o la capacidad reproductiva de la especie implicada. Como en China, donde se estaba consiguiendo una disminución drástica de la población de gerbos mediante el empleo de una píldora anti-conceptiva y abortiva.

Pero cuidado con pasarse; no fuera a ser que luego tocara arrepentirse y echar mano de las declaraciones de "especie en

peligro de extinción", que, por conllevar mimos a tutiplén y singularización con chip, anillo, crotal o cualquier otro tipo de marca, supondría el amaneramiento y domesticación de la especie, su alteración como tal y, por ende, el acabose de su primigenia idiosincrasia.

En definitiva... un logro... una hecatombe... Estaba hablando desde su condición de sujeto que participaba de dos naturalezas: la humana y la... En ese preciso momento, más desde su naturaleza humana, sin duda. Pero, dentro de una hora, cuando anocheciera plenamente, y la luna llena brillase en todo su esplendor, se habría transformado en un lobo. ¡Auuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuu! A partir de ese instante, para un lobo hecho y derecho, ya podía adelantarlo, el concepto de plaga iba a tener un significado radicalmente diferente del expresado líneas arriba y, así, únicamente iba a merecer denominarse como ¿plaga? la de *Homo sapiens* (excepción a la regla de "a mayor tamaño, menos..."). Hacía ya tiempo que el hombre resultaba no sólo pernicioso, mortífero en muchos casos, para el resto de la fauna y para la flora, como consecuencia inmediata de que su población había aumentando y lo seguía haciendo en proporciones de... ¿plaga o epidemia?

Evidentemente, el incremento desmedido de seres humanos no podía menoscabar los intereses económicos de plantas y animales (carecían de ellos), aunque sí perjudicar su salud (lo cual bastaría para que dicho crecimiento se considerara como plaga), hasta el extremo de que, de factor morboso para tales colectivos, había pasado a convertirse en su principal enfermedad y causa de muerte. Así pues... epidemia.

Las nuevas estatuas de Burgos

Juan Luis Sobrón

Julio 2010

Hay nuevas estatuas en Burgos
grandes y bellas,
simbolizan el pasado
de nuestra tierra.

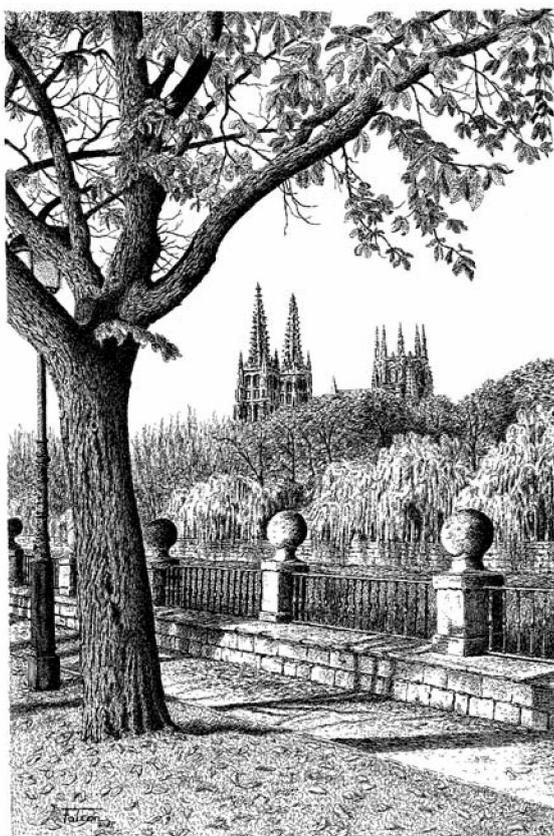
Siento gran admiración
por esa idea,
y también por los artistas
que las proyectan.

Disfruto al ver a la gente
cuando pasea,
cómo observa con nostalgia
efigies bellas.

Rememoran unos años
y las comentan:
mira, aquí está el obispillo
y ahí la castañera,
allí hay unos dulzaineros
cómo no, el policía,
oh, un herrero...

Si las pudiera diseñar
a mi manera,
el marco se asemejaría
a una bolera.

Los bolos serían estatuas
de sinvergüenzas,
de mentirosos, canallas,
malas conciencias,
de los que existen ahora
con corruptelas,
de los que chupan la sangre
a gentes buenas,
de los que viven del cuento
y no respetan,
de los que engañan por norma
a los que esperan,
de los que explotan, si pueden,



El Espoloncillo (Burgos)

con malas tretas
y de los que se enriquecen
a manos llenas,
aunque sea asesinando
vidas ajenas.

Las colocaría en fila
para bien verlas,
como se ven los muñecos
de una gran feria.

En frente la munición:
*"pueden cogerla,
hay bolas, carabinas
y también piedras"*.

Premiaría al jugador
que más acierta
y también al que lanzara
con mucha fuerza.

Y cómo no al que acertara
en la cabeza
de la estatua más maldita
que hay expuesta.

Y cada mes publicaría
"estas encuestas"
por ver si los ganadores
algo confiesan.

La biblioteca de los Fizzi

Juan Luis Sobrón

Al marido de Elvia Fizzi se lo llevaron en la noche. Ella no escuchó ningún ruido que la alertase, no hubo ningún indicio de que algo extraño sucedía. Las horas transcurrían y Berto no subía al dormitorio. Elvia creyó que su marido estaría leyendo, enfrascado, en la biblioteca. Y envolviéndose en su bata de raso, descendió los escalones hasta el piso inferior y asomó la cabeza por la puerta. Entonces descubrió el único signo de que algo anómalo había sucedido. Al lado del sillón donde Berto se sentaba a leer, tirado en el suelo, yacía un libro. Estaba boca abajo, y parecía que lo habían arrojado al suelo. Elvia, cada vez más asustada, recogió el libro y leyó su título: "Los novios", de Alessandro Manzoni. Entonces dio la voz de alarma.

Dos días después, Berto Fizzi continuaba desaparecido. Todo el personal empleado en casa de los Fizzi había sido interrogado, así como sus amistades y conocidos. La policía repasaba una y otra vez con Elvia los sucesos de la noche fatídica, aunque la clave parecía estar en dos preguntas: ¿Berto Fizzi solía quedarse leyendo en la biblioteca? ¿Cuántas personas conocían esa costumbre de su marido?

La respuesta de su esposa era intrigante. Porque Berto, en realidad, había adquirido esa rutina muy recientemente. Y, sin embargo, en aquella casa palacio de los Fizzi, familia aristócrata, no faltaba una biblioteca. El aspecto de la misma era impresionante y muchos de sus amigos e invitados ocasionales la alababan. La simetría de la sala era perfecta, todos los libros estaban encuadernados en cuero rojo y su título grabado en letras doradas. Además, en cada estantería la altura de

los ejemplares era idéntica. Sí, todos habían elogiado aquella biblioteca, excepto el primo Carlo, aunque Elvia se abstuvo de decirlo. ¿Para qué implicar al pobre Carlo en una pesquisa policial por un desafortunado comentario? "Esto parece un panteón repleto de libros embalsamados", eso es lo que había dicho.

El inspector que llevaba la investigación se afilaba la perilla con los dedos mientras intentaba hallar una lógica a todo aquel asunto. No había signos de violencia, sólo un libro tirado en el suelo. Nadie había forzado las puertas o las ventanas. No se habían llevado nada. Y, sin embargo, Berto Fizzi había desaparecido. ¿Se había ido por su propia voluntad? Para ello tendría que haber salido a la calle en pijama y batín, puesto que no faltaba nada más en su armario. Estaba el detalle del libro tirado en el suelo. ¿Qué habría impulsado al señor Fizzi a arrojarlo? El inspector tomó el ejemplar en sus manos, y entonces reparó en un detalle importante.

Aquel libro no pertenecía a la biblioteca. No estaba encuadernado en cuero rojo, como el resto. Se trataba de una edición de bolsillo de la famosa novela de Manzoni. ¿Qué hacía un libro barato en aquella lujosa habitación? Hizo llamar a Elvia Fizzi. Así que ella no tuvo más remedio que hablar del primo Carlo.

Había sido aquel joven familiar el que había prestado ese libro y otros a Berto. La relación con Carlo había comenzado un mes atrás, cuando el joven primo, al que entonces no conocían más que de oídas, les había hecho una visita de cortesía. Carlo vivía en España porque su

padre, italiano, se había casado con una jerezana y se había establecido allí. Él se había educado en las dos lenguas y en cuanto tuvo la oportunidad, había solicitado una beca para estudiar en la universidad de Verona. Su padre le recomendó visitar a un primo lejano suyo, Berto Fizzi, que residía en aquella ciudad.

Lo que más había sorprendido a Elvia y su marido cuando conocieron a Carlo, fue la absoluta desenvoltura del joven. No se sentía intimidado por el evidente desnivel que existía entre ellos. El joven era bohemio, muy despreocupado de su aspecto físico (aunque ponía cuidado en arreglarse cuando les visitaba) y, a la vez, un chico con una amplia cultura. Pronto se hizo un asiduo visitante de los Fizzi y les confió su gran pasión: la lectura.

Carlo leía constantemente, siempre tenía algún libro que asomaba de su bolsa bandolera, y sentía predilección por los clásicos. Berto, que siempre había identificado la lectura con aquella biblioteca-museo de la casa de sus ancestros, no se había preocupado nunca de cultivar aquella faceta. La afición de Carlo propició la suya, y desde hacía una semana, Berto devoraba cada noche las ediciones de bolsillo que le prestaba Carlo. Había descubierto, ya en su madurez, el placer de leer.

Elvia les mostró dónde guardaba su marido aquellas novelas, en un pequeño armario panelado al pie de las estanterías. Aquellos libros no podían colocarse a la vista, porque desentonaban del conjunto de la habitación. El inspector ojeó varios títulos y cabeceó con aprobación: Anna Karenina, El Quijote, Los miserables, El gatopardo.

Interrogaron a un asombrado Carlo en los días siguientes, pero no hallaron ninguna prueba en su contra. A Elvia Fizzi la vigilaron durante semanas, porque en

ella recaían las principales sospechas y el resultado no fue más exitoso. El caso estaba destinado a archiversarse sin solución.

Mientras tanto, Elvia sufría por la desaparición de su marido. Noche tras noche bajaba a la biblioteca y preguntaba a las paredes mudas, entre lágrimas, cuál era la verdad de lo acaecido allí. En una de esas ocasiones, se sentó en la butaca de Berto y comenzó a leer la novela que él había arrojado al suelo: "Los novios", de Manzoni. Conocía la historia que narraba el libro perfectamente, como buena italiana. Por eso se sorprendió al encontrar, en aquella historia de Renzo y Lucía, a un personaje llamado Berto, un aristócrata que les ayudaba en sus múltiples desdichas. Elvia fue avanzando en la lectura, cada vez más agitada, hasta el momento en que la protagonista descubría el nombre completo de su benefactor: Berto Fizzi.

Elvia lanzó un grito y casi dejó caer el libro de las manos. En ese momento comprendió que su marido jamás había salido de la biblioteca. Se había inmerso en ella. Elvia Fizzi retomó la lectura del libro y deseó, como la amante y fiel esposa que era, que esa noche los libros también se la llevarán a ella.



Peñaranda de Duero (Burgos)

El Retrato

Carlos Bolinaga

Dicen que el año dos mil nueve no ha sido un año amable. Dicen, también, que el dos mil diez tampoco lo será.

Yo pienso que dependerá de a quien. En las etapas duras, como en las guerras o las crisis económicas, hay unos que lo pasan mal y otros que se aprovechan de esas circunstancias. La vida es así.

Estamos en el año dos mil diez y hay muchas personas que tienen problemas. Algunos los tienen por ser un año complicado, un año en que el paro y la crisis económica se están cebando en la sociedad. Otros los tendrían igualmente en el año dos mil diez o en cualquier otro año. Son los problemas de siempre: problemas de pareja, de adaptación, existenciales.

Todo empezó en una reunión en la que "un entendido" convocó a varias personas con problemas de diversa índole.

José tenía problemas económicos porque se había quedado en el paro.

Manolo no era capaz de convivir con su pareja de la que se iba a separar.

Marta se refugió en el alcohol porque no podía soportar con quien convivía.

A Luis le abrumaba la ansiedad que le producía el trabajo.

Cristina dependía de las drogas porque alguien le había metido en ese mundo y ahora no sabía como salir.

Jasmina estaba allí por varios motivos, como muchos otros, pero quizá el principal era que no había conseguido integrarse en el tipo de sociedad en que ahora vivía.

Todos del grupo tenían, además de problemas, baja su autoestima.

"El entendido" les reunió a todos. Estaban sentados en sillas formando un círculo. En medio del círculo una caja grande.

"El entendido" hizo que cada uno expusiera su caso. Dicen que cuando uno oye problemas mayores el suyo se hace más pequeño. Cada uno fue exponiendo su caso, su problema, por qué había llegado hasta donde había llegado.

Cuando fueron observando que todos los allí reunidos tenían problemas tan o más graves que los propios se fueron tranquilizando. Les sirvió de bálsamo.

Una vez acabada la exposición de todos los casos, "el entendido" dijo:

-Pensad en un personaje importante que pueda solucionaros vuestros problemas. Importante para cada uno de vosotros. De hecho tiene que ser el que cada uno considere el más importante para sí.

Cada cual pensó en uno.

Luego les dijo que, uno a uno, pasaran y se asomaran al interior de la caja.

-En el interior de la caja cada uno encontrará el retrato de la persona que, sin duda, es la más importante para cada uno de vosotros, el retrato de la persona que podrá resolver vuestro problema -les comunicó.

Todos querían ver el retrato. Estaban ansiosos por ver si el retrato que les iba a solucionar sus vidas se correspondía con el que ellos habían imaginado.

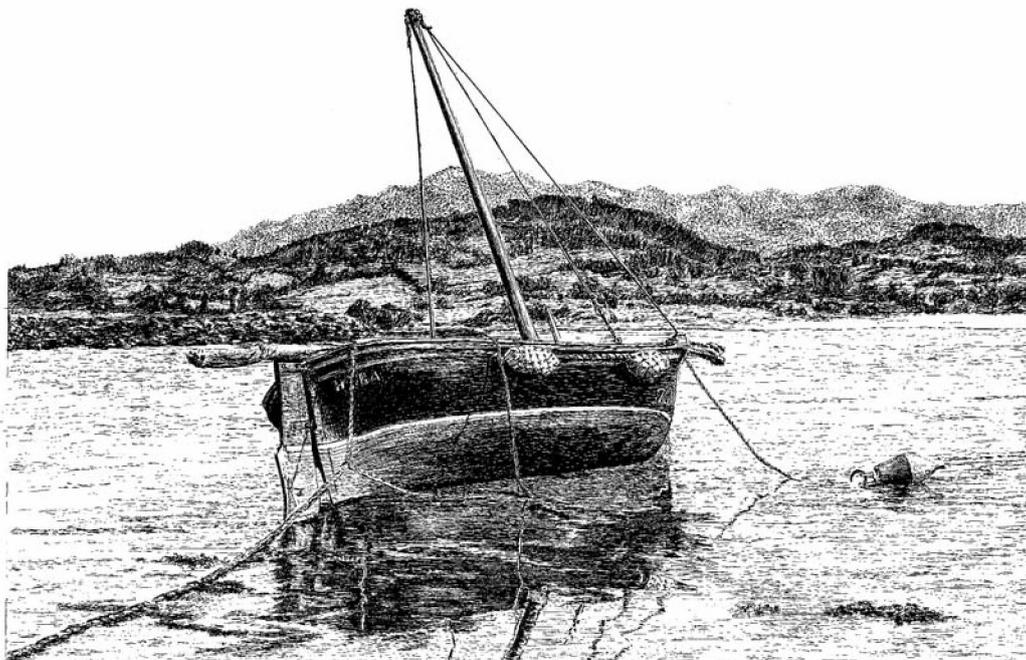
Cuando fueron aproximándose, uno a uno, y se asomaron al interior de la caja, todos salieron asombrados, anonadados, petrificados.

No habían imaginado en ningún momento que el retrato que iban a descubrir en el interior de la caja era el suyo propio. En el interior de la caja había un espejo que reflejaba el rostro de cada uno.

Y es que, no lo olvidemos, los únicos que podemos resolver nuestros problemas somos nosotros mismos.

Volar

Ignacio Soriano



Marea baja (Villaviciosa, Asturias)

Volaba. Había escalado hacia lo alto del mástil, me encaramé en la cofa, abrí los brazos y me dirigí hacia la costa. Suelo hacerlo con frecuencia. Apenas aparece la luz del alba, me levanto; realizo unos estiramientos en cubierta para desperezarme; desayuno algo ligero –kéfir y fruta, por lo general–; y me subo a los cielos. Aquel día llegaban de las montañas del interior nubes de tormenta, pero me dirigí hacia ellas. Recordaba los poemas de Boscán y Garcilaso, que para mí eran incompresibles en su tiempo y que ahora tenía delante de los ojos: Aurora de pómulos rojos precediendo al carro de Febo, coronado de amarillo, tirado por hermosos corceles; pronto se verían envueltos por las nubes traídas por Céfito y tendrían que elevarse para evitarlas. Lo mismo que yo hacía de ordinario, pero aquel día me introduje en la tormenta.

Empapado en la fuerte lluvia, comencé a temblar de frío. No sabía cuánto podría

resistir en aquel estado. Las ráfagas de luz procedentes de los rayos iluminaban de manera intermitente la vorágine, dejando al apagarse una profunda oscuridad. Con fortuna pude ir sorteando las aristas del paisaje rocoso que atravesaba, hasta que un rayo impactó de lleno en mi costado derecho. Retorcido, con la herida abierta, caí en picado, aullando de dolor. Los truenos simulaban esa maldita voz, tantas veces escuchada: «Tú eres humano, recuerda, y no puedes volar en la tormenta». Noté cómo las ramas cedían ante la velocidad de mi cuerpo precipitado al vacío, lastimándome el rostro antes de que se produjera el impacto contra el barro.

Desperté aturdido. En los labios sentía la textura de las briznas de hierba mezcladas con el caliente sabor de la sangre. Miré mis brazos magullados y... me encontré sereno: mi cuerpo estaba inundado con la dulce certeza del combate.

Navidad

Miguel Aguado Miguel

Burgos, 22 de diciembre de 2009

Las navidades llegan como llegan cada año:
los peques con los dedos contando van los días,
amparándose del viento buscando un abrigo,

por combatir el frío prueban sus punterías;
cristales de farolas se mudan en añicos
por piedras voladoras causantes de averías.

Culpables todos saben los revoltosos chicos.
Hacen la vista gorda, pues, nadie nada ha visto;
todos fueron pequeños, tozudos y borricos.

Los escolares vienen rumbo al día previsto,
esperan vacaciones propias de Navidad,
por montar el Belén, de musgo se han provisto.

Vacaciones esperan con honrada ansiedad
en casa no harán nada, están en el hogar,
días en que se vive sólo felicidad.

Venerables ancianos recorren el lugar,
talegos de recuerdos, presentes del pasado,
dos épocas comparan, logran emparejar:

la juventud de ahora ellos ya la han gozado,
ambos en el presente esperan el futuro,
prosiguen adelante, vidas han solapado.

El viejo pisa firme con su paso maduro,
prevé camino corto, mas marcha decidido,
quizás el joven teme un final tan seguro.

De más sabe el longevo lo mucho que ha vivido,
triste llegar a viejo, más triste el no llegar,
feliz mirar atrás, ver lo feliz que ha sido.

Inquietos labradores después de trabajar
fuerte y duro en el campo regresan a sus casas,
buscan paz y sosiego, disfrutar de su lar,

del calor del ambiente cedido por las brasas,
cuidados de sus hijos, del amor de su esposa,
de cientos de detalles que viéndolos te abrasas.

Hoy encuentra su casa alegre y bulliciosa.
Familiares vinieron a fin de acompañar
sentados a la mesa la noche más hermosa.

Los pequeños y adultos en unión familiar
en redor de la mesa pasan la Noche Buena,
comparten la comida, nada importa el manjar

guisada con cariño sabrosa está la cena
simples papas cocidas hoy rezuman amor;
¡qué excelente banquete en noche tan serena.!

Las damas van y vienen, cocina y comedor,
fuentes traen repletas, vacíos llevan platos,
al final todas quedan fregando con primor.

Los viejos mientras tanto nos cuentan sus relatos,
algunos son creíbles, otros pura invención,
los cuentos alterados siempre escuchar son gratos.

Todas juntas regresan las damas del fogón,
nuestro jolgorio aumenta, estallan carcajadas,
sobre la mesa ruedan pedazos de turrón.

Recuperan los puestos do estuvieron sentadas,
la familia al completo disfruta intimidad:
las personas ausentes todas son recordadas,

la distancia no mata la profunda amistad,
el tiempo cicatriza, deja leve señal,
hoy son todos felices, honran la Navidad.

Una señora se alza, luce su delantal,
afina su garganta, entona un villancico;
su voz del alma brota con acento cordial.

A todos con cariño mis versos os dedico
en la noche de paz, en la noche de amor,
a las guerras y al odio olvidar os implico,

la inocencia del Niño con su puro candor
nos tienda su mirada, nos dé su bendición,
regocije las almas, loemos al Señor
cantando villancicos en nuestro corazón.



Santa María la Real (Sasamón)

Cadáver exquisito (no tan exquisito)

Samuel Pérez Gutiérrez, Andrea Catalina Porres, Rosa Irene Catalina Rebolleda y Nazaret Catalina Porres

TÍPICO CUENTO DE NAVIDAD PARA ABRIR EL APETITO

Estaba Dios veraneando en Hawaii cuando nació un niño llamado Enmanuel que no tenía pelo, o sea, estaba calvo; su madre le puso un gorro de paja. Pero la burra y la mula se lo comían, porque cuando fueron a comer no encontraron más que bolsas de detergente Ariel. Luego se cansaron de

comer gorro y decidieron ir al Alcampo a comprar algo que se pudiera comer en condiciones: ¡pizza!

Después de relamerse, se fueron a jugar al UltraStar, pero un micro no funcionaba. Decidieron bailar un tango en la parte trasera del establo; aunque oía un poco

mal aguantaron la respiración durante un rato. Los bueyes empezaron a escupirles. Al rato los bueyes no tenían más saliva, por lo que murieron deshidratados. Para ayudarles vinieron dos focas para hacerles el boca a boca. Entonces llegó Papá Noel, y dijo que tenía muchos regalos para las focas, entre ellos dos pelotas de voleibol. Y se pusieron muy contentas. Esto le hizo mucha gracia al Chavo del Ocho, que no se pudo reír mucho porque le cayó un pulpo gigante. Le oprimió la cara y empezó a soltar toda la tinta en su boca. El pobre ya no podía más y cuando logró soltarse de él, vomitó... El vómito era de un color marrón clarito. Tenía también unos tropezones de color rojo, parecía que fueran trozos de pimienta. Eso le recordó que había comido pimientos rellenos, que le habían repetido mucho y al acordarse volvió a potar.



Anunciación - Sto. Domingo de Silos (Burgos)

FIN

Entre los Antípodas y el espacio exterior (con el permiso del Señor Schubert)

Iker Güemes

JUEVES, 11 DE MAYO DE 2006, 20:00 h.

Bilbao, Sociedad Filarmónica de Bilbao. 28º Concierto de la temporada 2005/2006
Orquesta de Cámara de Australia. Richard Tognetti (Concertino-director), Emmanuel Pahud
(Flauta)

PROGRAMA:

1 Antonio Vivaldi (1678 – 1741)

Concierto para flauta y orquesta en sol mayor, op.10 nº 4, RV 435

- *Allegro – Largo – Allegro*

Brett Dean (1961 -)

"Short Stories": Cinco interludios para orquesta de cuerda.

- *Interludio nº 1: "Devotional"*

- *Interludio nº 2: "Premonitions"*

Antonio Vivaldi (1678 – 1741)

Concierto para orquesta y flauta en sol menor "La notte", op.10 nº 2, RV 439

- *I. Largo*

- *II. "Fantasmi", Presto - Largo*

- *III. Presto*

Brett Dean (1961 -)

"Short Stories"

- *Interludio nº 3: "Embers"*

Antonio Vivaldi (1678 – 1741)

Concierto para flauta y orquesta en sol menor "La notte", op.10 nº 2, RV 439

- *IV. "Il sonno", Largo*

- *V. Allegro*

Brett Dean (1961 -)

"Short Stories"

- *Interludio nº 4: "Komarov's Last Words"*

- *Interludio nº 5: "Arietta"*

Antonio Vivaldi (1678 – 1741)

Concierto para flauta y orquesta en fa mayor, op.10 nº 5, RV 434

- *Solo movimiento II. Largo e cantabile*

Concierto para flauta y orquesta en fa mayor, "La tempesta di mare", op.10 nº1, RV 433

- *Allegro – Largo – Presto*

2. Franz Schubert (1797 – 1828)

Cuarteto nº 14 en re menor, D 810, "La muerte y la doncella"

(Arreglo para orquesta de cuerda de R. Tognetti)

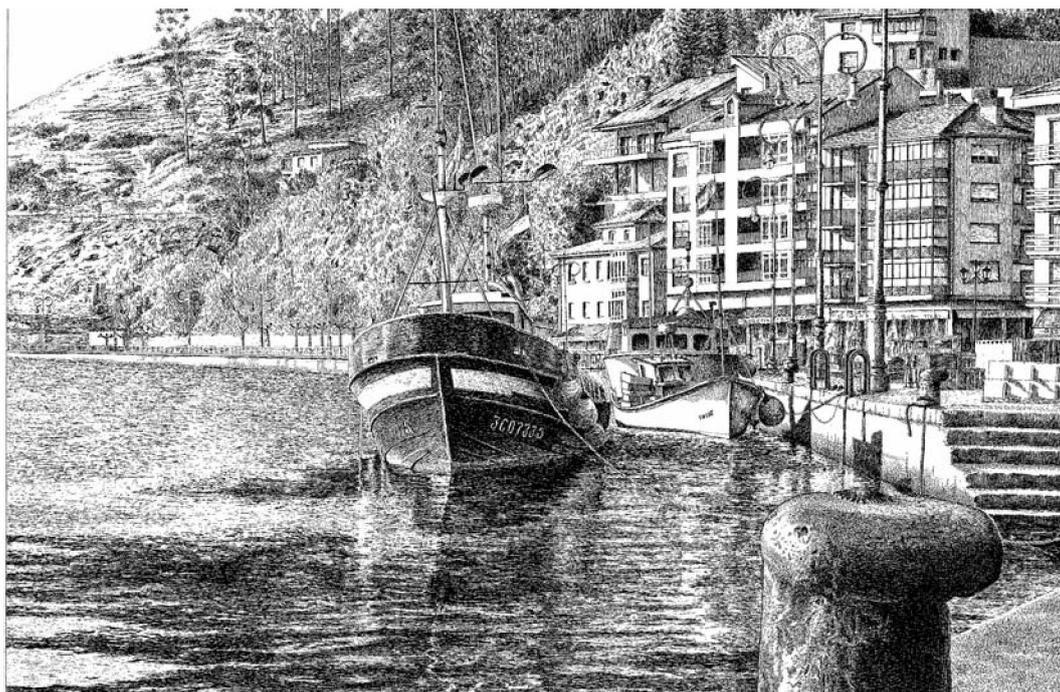
- *I. Allegro*

- *II. Andante con moto*

- *III. Scherzo: Allegro molto. Trio*

- *IV. Presto*

Plaza de San Juan



Puerto de Ribadesella (Asturias)

La tremenda tormenta que se había desatado momentos antes, había provocado no sólo un estruendo bastante incómodo como para poder escuchar atentamente el concierto (truenos y el repiqueteo violento de los goterones de lluvia sobre el tejado), también, el agua se había comenzado a filtrar por el techo de la sala de la Filarmónica, concretamente unas traicioneras goteras habían comenzado a caer sobre los espectadores del fondo del segundo piso, y como esa noche el lleno no era evidente, a tientas en la oscuridad buscaban refugio en otras localidades, fuera del alcance del agua. Creo que este problema de las goteras le daba más lustre al edificio, más que representar un símbolo de decadencia lo era de honorabilidad. Y entre todo este ajetreo, la música de Schubert. ¡Ah!, mi querido Franz!... Pero, antes, la velada había ido destilando una serie de delicadezas y exquisiteces de las que debo hacer relación.

Un atasco en la carretera, el enésimo, había desbaratado unos planes que había reservado para la tarde. El viaje desde Villarcayo, que de normal me roba una hora, se había alargado hasta casi las

dos horas y media. Me vi obligado, pues, a suspenderlo todo y para gastar el tiempo que aún me quedaba hasta el comienzo del concierto, me di un paseo por las calles bilbaínas. Observando la fauna urbana de la capital vizcaína y siendo a su vez observado por ella, se me pasó el tiempo muy rápido y mientras me acercaba a la sede de la Filarmónica, unos nubarrones amenazadores se fueron adueñando del cielo.

Me olvidé de los presagios de tormenta en cuanto crucé el umbral de la sociedad. Como de costumbre, cogí uno de los programas de mano, que a cientos, se almacenan en pequeños montoncitos sobre los bancos del *hall*. Nada menos que cuatro *conciertos* para flauta travesera de Antonio Vivaldi iban a ser interpretados en la primera parte, pero además, intercalados entre los mismos, también se iban a tocar los cinco *interludios* para orquesta de cuerda que conformaban *Short Stories*, la obra del compositor australiano Brett Dean. Una oferta, en principio, interesante, arriesgada incluso, pues al juntar el barroco italiano con la vanguardia contemporánea, formando un todo orgánico

(algo muy poco habitual), cierta parte del público, el más carcunda, tiende siempre a la protesta, como aquejado de una especie de alergia virulenta a la música contemporánea, y sin ningún miramiento hacia los demás y desprovistos de toda consideración, comienzan a hablar en voz alta, e incluso a descalificar a los propios intérpretes y compositores. A veces, la ignorancia no es tan atrevida, y el público de cualquier sala, guarda silencio, o incluso aplaude, pero sin pasión ni convicción, como queriendo ocultar su disgusto bajo una fachada de intelectualidad, mostrando a los demás una falsa mente enjalbegada por la gracia de la sabiduría. Soy de la creencia, de que mostrar la opinión sobre una obra artística, es imprescindible, necesario y honorable. Mostrar el agrado o desagrado ante una interpretación es algo incluso obligatorio, pero siempre en el momento indicado. La obra musical, es un hecho que se desarrolla en el tiempo, por tanto, la última nota interpretada es la que marca el inicio de nuestra reacción. Yo he aplaudido hasta que mis manos han enrojecido, he aplaudido mesuradamente, también me he quedado en silencio y otras he pateado y abucheado, pero siempre he esperado respetuosamente al final. ¿Qué sucedería esta noche con *Short Stories* de Brett Dean, intercalado como un demonio entre las cuentas del rosario vivaldiano?

Me senté en el piso superior, en la primera fila, pero esta vez mucho más alejado del escenario, lo que me permitía, al apoyarme sobre la balconada, una visión completa de toda la orquesta; además, tratándose de una formación de este tipo, la acústica, intuía, sería mejor desde aquí. Mientras terminaba de leer las notas al programa, salió la Orquesta de Cámara Australiana al escenario, y me sorprendió la juventud de la mayoría de sus componentes, todos elegantemente uniformados de riguroso negro y esperando a su *concertino* y director artístico, así como a Emmanuel Pahud (flauta solista), de pie. Y, salvo los dos violonchelos y el clavecín, sen-

tados los tres en unas cómodas butacas de piano, el resto de la orquesta permanecería así, de pie, durante el resto del concierto. No hubo sillas para ellos. Curiosa forma de tocar.

Y sin más tiempo que perder, comenzó el recital. El *concierto nº 4* del *op. 10* ya sonaba por toda la sala, invadiendo cada uno de los rincones del centenario auditorio. No creo que haya nada más optimista y que levante con más gracia el ánimo de un espíritu abatido, que un *concierto* vivaldiano en tonalidad *major*. Los sonidos se agrupan formando unas melodías chispeantes y empecatadas, que se van repitiendo a diferentes intervalos en forma de progresiones, mientras solista y orquesta se enzarzan en un disparatado y vibrante diálogo. Siempre traduzco esta sonoridad en una curiosa sensación: intento atrapar una resbaladiza pastilla de jabón que una y otra vez se me escurre de entre las manos. En los breves movimientos lentos, el desenfreno y la feliz desverguenza, dan paso a la reflexión y a la meditación. A veces, son tan breves, que pareciera que Vivaldi los utilizara como una excusa obligada, como la necesidad de tomar un poco de aliento para seguir adelante, de nuevo, con un alocado tercer movimiento.

Los más de quinientos *conciertos* escritos por Vivaldi para diversos instrumentos, 522 para ser exactos (y la lista sigue subiendo; mientras escribo estas líneas una noticia en la radio informa del descubrimiento de un nuevo *concierto* del veneciano, atribuido por error a otro compositor), forman uno de los *corpus* más importantes de todo el barroco. Esta prolijidad creativa tiene varias explicaciones: Vivaldi, como muchos otros compositores de la época, no tenía ningún reparo en utilizar materiales propios de obras preexistentes, de otros *conciertos*, o incluso de obras tan alejadas en su concepto como óperas o música sacra. Además, la música compuesta por el *prete rosso* (era llamado así por el color cobrizo de sus cabellos) era consumida con celeridad, bien en el veneciano

Plaza de San Juan

Ospedale della Pietá (orfanato para señoritas donde trabajaba desde agosto de 1703) o en la corte de Dresde, cuyas orquestas se cansaron de estrenar sus *conciertos*. La rapidez en su concepción, la reutilización de materiales propios y la similitud estructural de la mayoría de *conciertos*, han hecho que no pocos historiadores de la música critiquen ferozmente esta homología, acusando al compositor véneto de escribir, no más de quinientos *conciertos*, sino de escribir más de quinientas veces el mismo *concierto*. Al margen de discusiones estériles, lo cierto es que esta *summa* concertística ha acaparado la atención tanto de intérpretes como de público a lo largo de la historia, siendo el violín, el instrumento predilecto de Vivaldi, ya que le dedicó nada menos que 253 conciertos (algunos tan celeberrimos como los de *Las cuatro estaciones*), y otros 28 para dos violines. Le siguen en importancia el fagot con 39, el violonchelo con 26; 20 tiene el oboe y 15 son los concebidos para flauta. El resto, hasta completar el medio centenar, están repartidos entre todas las familias instrumentales (a excepción de la percusión) hallando ejemplos

de conciertos escritos para tres o más instrumentos solistas.

Vivaldi es un compositor al que nunca he interpretado (ser pianista de formación conlleva ciertas taras que se compensan, afortunadamente, con grandísimas ventajas), pero al que he escuchado muchísimo. De hecho, creo que es uno de los mejores compositores por el que cualquier aficionado podría empezar a introducirse en este proceloso mundo de la música culta. Su facilidad para la melodía y la brevedad de sus obras, lo hacen idóneo para un oído no formado pero ansioso de obtener ese placer inmenso que es la escucha musical. Y mientras recordaba todos estos detalles, Emmanuel Pahud y el resto de la orquesta, iban desgranando nota a nota la sabrosa granada en que se había convertido el universo vivaldiano. El contraste con la música de Brett Dean pasó con nota el examen. Sus *interludios*, estratégicamente intercalados (como en el caso del tercero de ellos, "Embers" que hacía de puente entre el tercer y el cuarto movimiento del *concierto n.º 2 "La notte"*, fue maravilloso, pues su música –en palabras



San Salvador de Cantamuda (Palencia)

del propio autor- *invoca una sensación de estar mirando a un fuego a punto de apagarse*) me recordaban mucho a la música de Bartók y al mismo tiempo a la de Samuel Barber, y a pesar del molesto murmullo de dos señoras sentadas detrás de mí, (su incapacidad para diferenciar a Vivaldi de Dean les hacía discutir sobre si lo que escuchaban era el tercer movimiento del *concierto* o uno de los *interludios*) su música logró envolverme en una atmósfera muy especial. Especialmente hermoso fue el *interludio nº 4, "Komarov's last words"*, cuya música evoca la descripción de la muerte del cosmonauta soviético Vladimir Komarov, quien murió al entrar en la atmósfera terrestre en su nave espacial Soyuz 1 en 1967. Recurriendo una vez más a las palabras del compositor: *la inspiración sonora para este cuarto interludio vino esencialmente por la sobrecogedora soledad encontrada en las grabaciones de las señales telemétricas espaciales; basándose en la intensa grabación de archivo de la frenética discusión final sobre el destino de su misión, con el conocimiento dramático y la urgencia del trabajo entre Komarov y el centro de control. Me quedé clavado a mi butaca tras el final de esta música sobrecogedora, y a pesar de que aún restaban dos magníficas interpretaciones del concierto nº 5 y nº 7 de Vivaldi, mi cabeza se quedó varada en esta música. Ni siquiera aplaudí, por respeto, por el impacto causado, o porque a veces el silencio es el sonido más estruendoso. Ya lo advertía el propio Richard Tognetti: los momentos para aplaudir serán obvios, y para todos aquellos que no les resulte sencillo, les pedimos que disfruten de la tensión derivada del pasar de las páginas.*

Los minutos del receso los pasé sin moverme de la butaca, deleitándome con los sonidos de la música de Brett Dean, apiadándome del pobre Komarov y aguardando la llegada de la música de Schubert, uno de mis compositores preferidos. Y fue en estos momentos de meditación cuando escuché el primer trueno. No fue uno

de esos estruendos que se van apagando poco a poco después de haber sobrevenido violentamente, esparciendo su onda sonora como una lluvia fina. Fue un sonido seco, denso y concentrado que apenas duró un instante, como el de un fuego de artificio que uno sigue con su mirada esperando el momento del estallido, mientras el cohete asciende y asciende y se adentra exhausto en lo más profundo de la noche. Los músicos salían ya al escenario e iban ocupando sus posiciones preferidas, respetando escrupulosamente unas imaginarias marcas teatrales sobre la madera, y los espasmos de la atmósfera seguían escupiendo contundentes ondas sonoras que presagiaban diluvio violento. Las primeras notas del maestro vienés se mezclaron con las primeras gotas de la tormenta, que de una forma virulenta rebotaban sobre el tejado de la sala. El poderoso sonido de los truenos se mezclaba con la música y el agua creando sin quererlo un *happening* sonoro en toda regla (más propio de esas tiendas naturistas donde se venden discos de relajación). Pero aquí no había un momento para la relajación y mucho menos para los pobres incautos que corrían en la oscuridad en busca de una butaca seca y confortable, pues el agua ya se filtraba por el techo. Y no lo había, por la tensión que nacía de la música, por la atmósfera inquietante y dolorosa que supo crear Schubert para este *cuarteto* que ahora escuchaba por primera vez en un arreglo para orquesta de cuerda. El ruido, la música, la gente inquieta moviéndose... era como si se estuviera abriendo el cielo y el espectro de Schubert se posara sobre nuestras cabezas:

-¡Ahí tenéis, mortales oyentes, la esencia de mi música!-, parecía gritar el bueno de Franz desde el más allá.

-¡Ahí está mi hermosa doncella, y la muerte mismal-

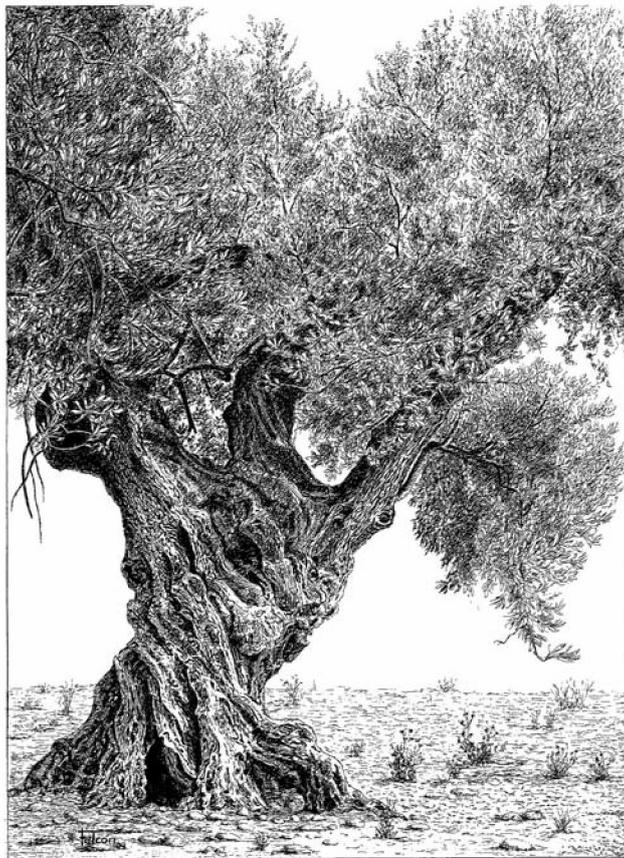
Porque el *cuarteto nº 14, "La muerte y la doncella"*, es mucho más que un simple *cuarteto*, es la obra maestra de un genio del género; es también el presagio y la

Plaza de San Juan

intuición de su prematura muerte, es la condensación misma del dolor, la soledad y la melancolía. Es pura poesía romántica hecha música. Cada vez que escucho esta obra me vienen a la mente las palabras que el propio Schubert confiara a su diario en marzo de 1824: *mis creaciones son el fruto de mis conocimientos de música y del dolor. Aquellas que sólo el dolor ha generado parecen ser las que alegran menos a la gente.*

Este monumento musical que es el *cuarteto n.º 14 en re menor*, fue compuesto en 1824, bajo una atmósfera opresiva de soledad. Aquellos felices tiempos en que junto a su padre (violonchelo) y sus hermanos (primer y segundo violín), Schubert (viola) estrenaba sus propios *cuartetos* en serenas y dichosas veladas familiares (las famosísimas "*schubertiadas*"), hacía tiempo que habían quedado atrás.

Franz se consumía en soledad, poco a poco. ¿quién no podría compadecerse de este pobre espíritu solitario? Me imaginé al comandante Komarov y a Schubert observándonos condescendientes desde su mundo de silencio ignoto, mientras el poderoso *tema* descendente de los tresillos del primer movimiento impregnaba el aire de un sabor violento. La amabilidad del contrastante *tema* posterior no hacía sino redundar en la angustia del compositor austriaco. Es cierto que la adaptación no terminaba de convencerme. El aumento de efectivos instrumentales desvanecía en cierta manera el patetismo de la soledad; además el equilibrio sonoro del *cuarteto* desaparecía, sobre todo en los constantes diálogos y elocuentes silencios a los que Schubert somete a los cuatro instrumentos. Para lucimiento propio, Tognetti se reservaba algunos solos que a partir del segundo movimiento se hicieron más numerosos.



Olivo

Comenzó el sosegado y doliente segundo movimiento y la lluvia seguía arrojándose de manera suicida contra todo elemento, provocando enorme estrépito. Era como si no quisiera respetar el hermoso canto que Schubert había creado para el *lied* "*La muerte y la doncella*", compuesto siete años antes sobre el texto de Matthias Claudius. Reutilizado en el *cuarteto* y sometido a cinco preciosas variaciones, su desarrollo fue apaciguando mansamente el terrible temporal. Komarov, Schubert, los afectados por las goteras y yo mismo, parecía que ya habíamos encontrado un momento de sosiego y de paz. De aquí al final todo fue más relajado y los espíritus de los presentes y los ausentes descansaron por fin. Las dos propinas ofrecidas, una deliciosa pieza de Piazzolla de sabor porteño, la primera, y un movimiento de un *concerto grosso* de Arcangelo Corelli, la segunda, no hicieron sino calmar y reconfortar aún más los exhaustos espíritus.

Cuando sólo somos unos niños

Enrique Angulo Moya

Aún nada sabemos de la vida,
y ya está dibujado en nuestra alma,
el esquema por donde luego pasarán nuestros deseos.

Somos inconscientes con respecto a todo, y ya crecen en nuestra tierra las semillas
que se convertirán en el trigo con que nos alimentaremos el resto de nuestros días.

Nuestro corazón es una esponja indefensa, nuestra mente un frágil pajarillo,
y tenemos ternuras y regalos, o bien, sufrimos una cruda indiferencia, y a veces,
hasta insultos y maltratos.

Construyen las arquitecturas de nuestra psique cuando nada podemos decidir,
nos caen reconocimientos o repulsas, somos humillados o nos halagan, nos tratan
con tierna deferencia, o nos dejan en la calle del desprecio,
cuando sólo somos unos niños.

Mientras los días caen
y vamos avanzando hacia el futuro,
algunos son vejados y otros reciben parabienes.

Hay muchas vidas rotas entre aquellos
que sufrieron represiones en su infancia, esa es la tragedia de tantos individuos
que acaban siendo extraños a sí mismos.

¡Cuántos crímenes se cometen contra los niños!

Y esa es la mayor injusticia de este mundo:
negarle la esperanza a un ser que crece, no darle sueños, pan y humanidades,
intentar que su futuro sea el de un esclavo, oprimir su pecho y sus palabras.

Todo, todo está en juego
cuando sólo somos unos niños.

Crítica de cine

CASTILLOS DE CARTÓN

Eduardo Nabal



DIRECTOR: Salvador García Ruiz

INTERPRÉTES: Adriana Ugarte, Biel Durán, Nilo Mur

En la biblioteca las signaturas que debes buscar son:

- Película: **DVD ESPAÑOL cas**
- Novela: **N GRANDES Almudena cas**

Castillos de cartón confirma que Salvador García Ruiz es uno de los realizadores más personales del cine español actual. El director de *Mensaka* y *Voces de la noche* se apoya de nuevo en un soporte literario para construir una historia personal, sobria, visualmente arrebatadora y llena de buenos momentos. El gran lastre de *Castillos de cartón* es precisamente su premisa argumental: la novela homónima de Almudena Grandes, la historia de un trío de jóvenes que exploran juntos el amor, el sexo y la rivalidad mientras acaban sus estudios de Bellas Artes en el Alicante de finales de los años setenta. María José (Adriana Ugarte), Jaime (Biel Durán) y Marcos (Nilo Mur) se encuentran y conjugan los estudios de pintura con el amor a tres bandas y la exploración de sus cuerpos y sus mentes en una plácida, sólida y a la vez frágil soledad. El filme ha sido presentado como una historia de erotismo pero en realidad es un filme melancólico sobre la imposibilidad de conjugar el amor y el cerebro, la pasión y el intelecto, la sexualidad y lo racional.

Castillos de Cartón bebe inicialmente demasiado de otros filmes que ya han tratado el tema del triángulo amoroso y su oposición a las convenciones sociales como *Jules et Jim* de François Truffaut o *Soñadores* de Bertolucci pero la película avanza con sabiduría hacia una desnudez y un ascetismo absolutamente personales despojándose progresivamente de los diálogos afectados del original literario y de cualquier atisbo de morbo o tremendismo. Estamos ante una historia sobre la dificultad de encontrar el equilibrio, sobre el arte y el amor, sobre los problemas sexuales como metáfora de la mutilación emocional y las luchas de poder; sobre la búsqueda de un ideal al margen de una sociedad y un mundo "adulto" que queda totalmente desdibujado. Tal vez lo peor de *Castillos de Cartón* es que a pesar del esfuerzo de los actores –particularmente de Adriana Ugarte y Biel Durán– los intérpretes no están a la altura de los personajes en un relato sobre la soledad y la búsqueda de la estabilidad y el éxito en una sociedad gris queda totalmente fuera de campo.

Club De Lectura

LA LECTURA... ¡VAMOS A POR ELLA!

Luis Carlos Blanco Izquierdo

Los clubes de lectura de Burgos hemos comenzado curso al tiempo que el otoño se vislumbra entre los árboles con sonos musicales; éstos, protagonistas de preféritos estíos, dan paso a otras evoluciones melódicas, esperadas con anhelo, surgidas entre obras de teatro mientras las imaginadas locomotoras giran sobre la plataforma y orientan sus románticos retumbos hacia sus viejos hangares.

No..., no me estoy olvidando de la lectura; Únicamente, dentro de otra lectura, leí que por cada euro que invierta la ciudad en la tan ansiada capitalidad 2016 rentaban ocho. Me hubiera gustado leer que por cada poema, partitura, relato, dramaturgia u otra forma cultural..., emociones brotadas de Burgos, nos llegarán ocho creaciones de otros pueblos.

Bueno, ahora, después de este par de sorbos reflexivos, entraré en la literatura que nos ocupa a los lectores de los clubes de lectura de la biblioteca dependiente de la Junta de Castilla y León en Burgos.

El primer libro que hemos leído, novela, nos llegó de un escritor afgano, de nombre Khaled Hosseini, y lleva por título *Cometas en el cielo*.

Los hechos se asientan en Kabul a partir de mediados de los años setenta del siglo veinte. En Afganistán se percibe una situación política que acarreará continuos periodos de guerras, e invasiones que "supuestamente" pretenden defender una estabilidad; pero la situación resultará más desestabilizadora, si cabe, del ya existente desequilibrio natu-

ral de un país que, atravesado por la Ruta de la Seda, es sembrado de múltiples culturas y etnias: mayoría de pastunes; siguen uzbekos, turcomanos, hazaras... Son rasgos étnicos respetables, y sin embargo, desgraciadamente, marcan diferencias sociales, miradas intolerantes hacia el otro, así como intolerantes son los sucesivos regímenes hasta el momento.

Amir y Hassan son los protagonistas que vuelan las cometas entre los cielos de Kabul. Por diferentes circunstancias, al llegar a su vida, ambos pierden a su respectiva madre, y la necesidad de compartir nodriza les convierte en hermanos de leche. Un incidente anterior entre las dos familias les crea cierta convivencia en el mismo dominio pero en diferentes departamentos. Amir es pastún y Hassan es hazara. El primero es el hijo acomodado aparentemente obviado por su padre. El segundo vive en la cabaña de servicio junto a su progenitor, y éstos, padre e hijo, son los sirvientes de la casa grande.

Pero Hassan no sólo es criado de Amir, pues dentro de tal servidumbre, ambos son amigos; una amistad con distancias de clases pero profunda, más honda y honesta por parte de Hassan: "por ti lo haría cien veces" -le dijo éste a Amir.

Sin embargo, en el ámbito de tal amistad acontecen una serie de hechos que crean culpabilidad en la mente de Amir, y de tal culpa le brotan ciertas actitudes que obligan al abandono de la casa por parte de Hassan y su padre. Baba, progenitor de Amir, sufre por ello, ya que

Plaza de San Juan

lo que siente hacia Hassan y Alí es más que afecto.

No obstante, el padre de Amir y éste también han de abandonar su casa: la entrada de las tropas rusas los obliga a un exilio, primero en Pakistán y finalmente en Estados Unidos. Y la culpabilidad de Amir se va con él; es más: en Afganistán se queda Rahim Kan, personaje profundo y amigo de Baba. Aquél es la metáfora de unión apaciguadora de ciertos roces entre Amir y su padre; pero no sólo eso: Rahim Kan será la conciencia de Amir dentro y fuera de Afganistán, tanto que logrará del joven, dentro de la aparente tranquilidad que éste goza en América, que vuelva a su país en pleno dominio de los talibán. Con el regreso, Amir recupera memoria, historia desconocida, contactos infelices con pasados tiempos...

La novela culmina en Estados Unidos con una duda, especie de abertura por la que orientar otras vidas a partir del último personaje: Sohrad.

El libro ha resultado muy agradable al club de lectura, y nos ha dejado con el anhelo de conocer más sobre Afganistán. Mutuamente nos recomendamos ver la película, a partir de la misma historia y con igual título, del director alemán Marc Forster. También se invita a ver la película *Buda explotó por vergüenza* de la directora iraní Hana Makhmalbaf, con la que nos muestra las desdichas educacionales que afectan al pueblo afgano después de tantas guerras y extremismos.

Búscalos en la Biblioteca:

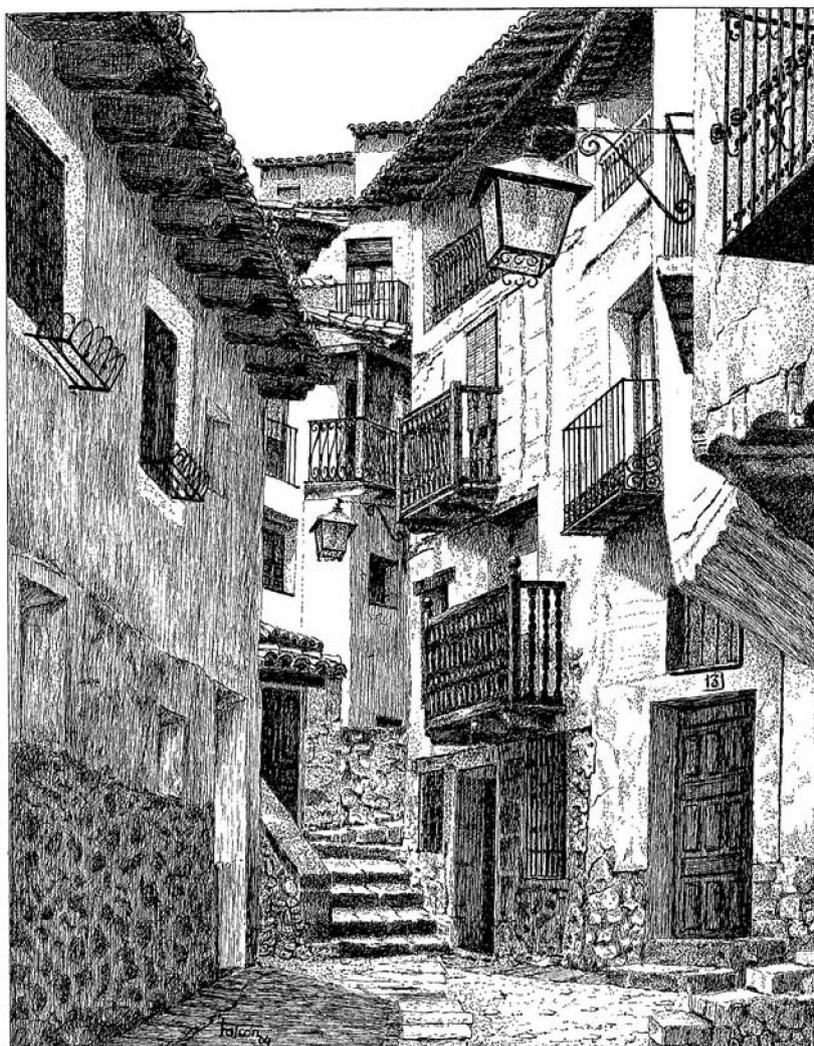
- Libro Cometas en el cielo: **N HOSSEINI Khaled com**
- Película Cometas en el cielo: **DVD DRAMA com**
- Película Buda explotó por vergüenza: **DVD DRAMA bud**

Saltamos desde el continente asiático para situarnos en África, a orillas del río Nilo, y nos disponemos a callejear por El Cairo de los años cuarenta del siglo veinte, cuando, paradójicamente, la segunda guerra asolaba al mundo y el apoyo bélico, impuesto por Gran Bretaña, era una salida laboral para algunos jóvenes egipcios.

Asentaremos nuestra lectura en los renglones de un reducido callejón llamado Midaq; y lo haremos de la mano del escritor egipcio, Naguib Mahfuz y su novela *El callejón de los milagros*.

No vamos a extendernos más allá del bazar que lo limita ni las mezquitas que lo vigilan, "metafóricamente", ya que todos los actos humanos, dentro de tan reducido lugar, juzgados por la subjetiva conciencia del lector, resultarán, por voz de los protagonistas, ser voluntades divinas y dignas de ser aceptadas.

Entonces ¿Qué milagros ocurren en el callejón de Midaq? Cada lector ha de enumerarlos; sin embargo creo que lo prodigioso, para la mayoría de los personajes, es lograr el milagro de salir de tanta angostura; pero claro, es tanta la relación entre sus moradores, que cada paso hacia delante o retroceso de uno afecta a otro ¿Qué sería del nauseabundo constructor de lisiados sin optantes a mendigos? Y la viuda Afifi... ¿Cómo llegaría a lucir tan singular dentadura, el día de su segunda boda, si no se la proporciona el dentista del callejón? La casamentera va de aquí para allá en pos de acuerdos. El poeta de los versículos del Corán, conciencia moral del lugar, es desplazado por el radio, y sin embargo logra peregrinar a la Meca. Al dueño del bazar lo visita la muerte, pero ésta le da una segunda oportunidad llena de desasosiego iracundo. La esposa de Kirsha, dueño del café, anhela el milagro, imposible, de ver a su marido curado de ciertos devaneos con jóvenes adonis. Valoremos las



Olivo

frases del Jeque Darwish, o la dual actitud de la panadera. Podemos saborear o despreciar la repostería de Kamil, el pastelero.

Mas no podremos permanecer insensibles a los anhelos de los principales personajes, únicos que logran salir del callejón. Husain Kirsha, hijo del dueño del café, torna furioso a la incertidumbre de tan estrecho lugar, pues la guerra ha terminado, y con ella su empleo con los británicos en Tell el-Kebir. Abbas y Hamida no regresan. Abbas sale influenciado por Husain Kirsha, pero es el amor que siente hacia Hamida lo que le incita a lograr, fuera, un estatus económico que

afiance su compromiso con la joven. Hamida sale por otras influencias, anhelante de otras metas, cumplimiento de otros sueños...

Los puntos suspensivos son una invitación a leer tan agradable novela, pues así resultó para los asistentes al club.

Escrita en 1947, fue llevada al cine en 1995 por el director mexicano Jorge Fons; está ambientada en el México actual y recibió un premio Goya.

En la Biblioteca tienes El callejón de los milagros con la signatura:
N MAHFUZ Naguib cal

Y el ganador es...

Lo más leído/visto/oído en la biblioteca en 2010 (hasta noviembre)

LIBROS:

1. *Los hombres que no amaban a las mujeres*, de Stieg Larsson (32 préstamos en 2010)
2. *La chica que soñaba con una cerilla y un bidón de gasolina*, de Stieg Larsson (25 préstamos en 2010)
3. *Complacer a una mujer*, de Nicole Jordan (25 préstamos en 2010)
4. *Casi una princesa*, de Laura Lee Guhrke (24 préstamos en 2010)
5. *Las trampas de la seducción*, de Johanna Lindsey (24 préstamos en 2010)
6. *Tuya a medianoche*, de Lisa Kleypas (24 préstamos en 2010)
7. *Un oscuro fin de verano*, de Inger Wolf (23 préstamos en 2010)
8. *El guardián entre el centeno*, de J.D. Salinger (23 préstamos en 2010)
9. *París* (Guías Visuales. Top 10, de El País-Aguilar) (23 préstamos en 2010)
10. *Croacia* (Guía viva, de Anaya Touring Club) (23 préstamos en 2010)

Continúa la pugna entre novela negra y novela romántica, aunque *Los hombres que no amaban a las mujeres* gana con ventaja. *El guardián entre el centeno* se convierte en un clásico en nuestras listas de los más prestados, con el mismo número de préstamos que el año pasado. Las guías de viajes siguen también presentes aunque bajan algo en la lista y cambian los destinos: de Barcelona y Estambul nos vamos a París y Croacia.

COMICS:

1. *Akira*, de Katshuiro Otomo (15 préstamos en 2010)
2. *All star Batman y Robin*, de Frank Miller y Jim Lee (14 préstamos en 2010)
3. *Kwaidan*, de Jung, Jee-Yun (13 préstamos en 2010)
4. *Pesadillas*, de Katsuhiko Otomo (11 préstamos en 2010)
5. *Watchmen*, de Alan Moore y Dave Gibbons (11 préstamos en 2010)
6. *La melodía de las estrellas*, de Natsuki Takaya (9 préstamos en 2010)
7. *Yo soy legión* (colección), de Fabien Nury y John Cassaday (9 préstamos en 2010)
8. *El carnicero de Cincinnati*, de François Corteggiani y Michel Blanc-Dumont (9 préstamos en 2010)
9. *La montaña sagrada*, de Yves Swolfs y Giulio de Vita (9 préstamos en 2010)
10. *La vida en viñetas: historias autobiográficas*, de Will Eisner (9 préstamos en 2010)

Destaca el gran ascenso del manga, representado el año pasado por un único título que ocupaba la 8ª posición, y la ausencia de autores españoles este año. El único título que repite en nuestra lista de los tebeos más leídos es All star Batman y Robin, que asciende del 6º puesto en 2009 al 2º. En cuanto a autores continúan en la lista, además de Frank Miller, Alan Moore y John Cassaday.

PELÍCULAS:

1. *Crash*, dirigida por Paul Haggis (59 préstamos en 2010)
2. *Valkiria*, dirigida por Bryan Singer (51 préstamos en 2010)
3. *El lector*, dirigida por Stephen Daldry (45 préstamos en 2010)
4. *300*, dirigida por Zack Zinder (45 préstamos en 2010)
5. *Revolutionary Road*, dirigida por Sam Mendes (45 préstamos en 2010)
6. *Slumdog millionaire*, dirigida por Danny Boyle (44 préstamos en 2010)
7. *Gran Torino*, dirigida por Clint Eastwood (44 préstamos en 2010)
8. *Los hombres que no amaban a las mujeres*, dirigida por Niels Arden Oplev (41 préstamos en 2010)
9. *La duda*, dirigida por John Patrick Shanley (40 préstamos en 2010)
10. *Los abrazos rotos*, dirigida por Pedro Almodóvar (39 préstamos en 2010)

Este año se ha visto mucho drama (parece que no hemos querido desconectar mucho de la realidad), junto a películas históricas y de suspense, en menor medida. Repite en la lista *Crash*, que pasa del segundo al primer puesto y Almodóvar consigue colar en la lista una producción española.

MÚSICA:

1. *La barrera del sonido*, de Amaral (28 préstamos en 2010)
2. *Antes de que cuente diez*, de Fito & Fitipaldis (27 préstamos en 2010)
3. *Thriller*, de Michael Jackson (23 préstamos en 2010)
4. *Colección diamante*, de Jose Luis Perales (23 préstamos en 2010)
5. *Arabian café: chilled Arabian vibes* (19 préstamos en 2010)
6. *Nuevo Mester de Juglaría (1978-1984)* (19 préstamos en 2010)
7. *The element of freedom*, de Alicia Keys (18 préstamos en 2010)
8. *Songs of freedom*, de Bob Marley (18 préstamos en 2010)
9. *Las mejores 100 baladas en español* (17 préstamos en 2010)
10. *40:04*, de Efecto Mariposa (17 préstamos en 2010)

Este año lo más oído ha sonado en español. Vuelven a estar entre los discos más oídos por segundo año consecutivo: *Thriller*, *Colección diamante* y *Nuevo Mester de Juglaría (1978-1984)*. En cuanto al estilo lo más oído siguió siendo pop-rock, seguido por la música ligera, nuevas músicas y folk.

Vuestros libros, películas y discos recomendados

- **El aprendiz de Brujo: viaje a la India mágica**, de Tahir Shah. 82-99 SHA apr. *"Indispensable para quien quiera viajar a India y entender el mundo apasionante de los ferrocarriles."* (Luis Markina)
- **Luna de guerra**, de Hermann y Jean Van Hamme. CA HERMANN lun. *"Muy bien dibujada la historia. El argumento también está bastante logrado"*. (Julián A. Álamo)
- **Beau Geste**, dirigida por William A. Wellman. DVD AVENTURAS bea. *"Un clásico que he vuelto a disfrutar después de haberla visto por primera vez cuando era un tierno infante."* (Jesús Robles González)
- **Cuscús**, dirigida por Abdellatif Kechiche. DVD DRAMA cus. *"Excelente película sobre la inmigración marroquí en Francia"*. (José Moral Jiménez)
- **Saldremos a la lluvia**, de Manolo García. CI-78 CD POPROCK-E gar. *"Temas variados con ese toque personal e intimista del autor. Letras a veces llenas de sabiduría de la vida"*. (Leonardo González Ferreras)

Plaza San Juan nº 43 diciembre de 2010



DIRECTORA DE LA BIBLIOTECA:

Carmen Monje Maté

DEPÓSITO LEGAL: BU 661-1998

DISEÑO Y MAQUETACIÓN:

Edibur



Biblioteca Pública
de Burgos

c/ Valladolid, 3
09002 Burgos

<http://www.jcyl.es/bibliotecas>